



Conversaciones con Eduardo Ibarra Colado

Conversations with Eduardo Ibarra Colado

Recibido: 8 de mayo de 2014; aceptado: 25 de junio de 2014

*Luis Porter Galetar*¹

Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Xochimilco

Resumen

Este artículo narra, en forma intimista y coloquial, el contexto en el que dos amigos y colaboradores universitarios integran un grupo de trabajo y escriben un libro. El objetivo del libro es curativo, busca recuperar la esperanza, la sensibilidad y el buen humor. Es útil, o intenta serlo, en el sentido de ilustrar con ejemplos algunos procesos de vida por los que pasan los miembros de la planta académica. Puede ser de interés para los que se preocupan por el desarrollo en la carrera de vida, que hoy afecta a la universidad pública mexicana, con un alto promedio de edad, y corre el peligro de convertirse en una universidad de viejos. Aporta ideas sobre formas de recuperar la salud, y, en alguna medida, la juventud. Propone caminos para unir los fragmentos en que se ha quebrado la universidad y tomar conciencia de la importancia de estar conectados entre nosotros, como una comunidad inserta en una totalidad mayor, representada por el cosmos.

Palabras clave: creatividad, arte, emoción, totalidad, comunicación, vida, academia.

Abstract

This article tells, in an intimate and colloquial way, the context in which two friends and academic partners, organize a working team to write a book. The objective of the book is to heal and restore hope, sensibility and a good mood. Is useful, or tries to be, in the sense of give examples of the life process of academics. Could be of special interest for those who are concern by the aging of our professors, which characterizes the Mexican public university. It contributes with ideas about how to take care of our health, including remaining young. It also propose paths to link the fragments in which our university has been broken, and be more aware of the importance to be connected between us, forming a community, in the frame of a wholeness, best represented by the cosmos.

Keywords: creativity, art, emotion, wholeness, communication, life, academy.

INTRODUCCIÓN

El presente documento recoge y organiza notas tomadas durante o después de conversaciones que sosteníamos con Eduardo Ibarra Colado en nuestros encuentros informales y amistosos, generalmente en un restaurante del sur de la ciudad de México. Muchas de estas ideas tomaron la forma de lo que jamás pensamos que sería el libro póstumo de Eduardo Ibarra (2013): *La Universidad Imaginada*. Las ideas que aquí se comparten sirvieron

para escribir textos, de la misma manera que lo escrito nos servía para seguir discutiendo. Lo que enriqueció nuestra labor creativa es el espíritu que compartimos en estas charlas informales. Pienso que no han perdido su interés, pues siguen formando parte de un diálogo que no cesa, aun habiendo pasado un año de su partida. Cobran interés también porque Eduardo Ibarra, cuyo perfil académico siempre buscó el equilibrio entre el

¹ Profesor – investigador de la uam Xochimilco. PhD, Universidad de Harvard; egresado del mit; arquitecto y maestro en urbanismo por la unam. Actualmente coordina la red internacional: "Cero-veinte: educación inicial e identidad del estudiante universitario" (uba, Argentina, Unicamp, Brasil, uam-x y otras ies de México. Investigador Nacional, Nivel 2. Correo electrónico: vlporter@yahoo.com.

sano positivismo y la libertad sensible, exageraba en su dedicación al orden y la disciplina, hasta el extremo de que su perfil podía haberse tildado con el anglicismo *nerd*. Este epíteto, que puede sonar irrespetuoso para una personalidad tan destacada, es útil si queremos valorar el lado no-*nerd* de su personalidad. Recordemos que a diferencia de un intelectual, o de un científico normal, el estereotipo del *nerd* es el de una persona con una conducta tan centrada en sus temas, que a la postre resulta obsesivo. Si bien ello era parte de lo que ocurría, las obsesiones de Eduardo Ibarra desbordaban su disciplina y su agenda, en su interés por lo alterno y lo sorprendente, que generalmente provenía de otros terrenos, entre ellos el del arte.

Si bien mi propio perfil tiene un ropaje académico que podría explicar nuestra amistad, lo que Eduardo Ibarra pudo haber percibido en mí no fue lo que decía mi *curriculum vitae*, sino cierta inclinación personal hacia lo no-convencional y un marcado interés por apreciar y disfrutar de la vida, haciendo a un lado, en lo posible, sus múltiples demandas y siempre urgentes obligaciones. Digamos, para ilustrarlo en forma visual, que mientras yo tuve un padre permisivo y excéntrico, el suyo fue estricto y disciplinado. De allí, quiero pensar, que por encima de nuestras diferencias, nos sostenía un mutuo interés correspondido: de mi parte, ponía atención en su concentración siguiendo un orden lineal, disciplinado e intenso, y de la suya, mi dispersión en periplos circulares, sumados a muchas otras transgresiones. Creo que logramos complementarnos creativamente, abriendo un espacio de amistad fraterna, donde ambos supimos aprovecharnos del otro, dejando siempre un algo a cambio.

Nuestra última colaboración marcó un hito en nuestras carreras, aunque teníamos 20 años de diferencia en nuestras edades. Nos abocamos al ejercicio de imaginar una universidad ideal, es decir, utópica, es decir, realizable. Este proyecto tuvo como intención principal tratar de recuperar el buen humor, y con él la paciencia, frente a acontecimientos políticos que nos descorazonaban. El libro requirió tres años para su elaboración. En él participaron seis colaboradores, que formaban el así llamado “grupo utópico”. El libro, que ya no tuvimos oportunidad de promover y seguir discutiendo una vez en circulación, logró un efecto revivificador en nuestro estado de ánimo. El libro sirvió de “terapia de trabajo”, siguiendo el consejo del arquitecto Christopher Alexan-

der, que sirve de epígrafe a este artículo: “Lograr un sentido de totalidad, nos cura”, entendiendo “*wholeness*” como “complejidad”, es decir, como comunicación con el otro, con todos nosotros, en armonía con el cosmos.

Para aquellos lectores que se interesan en el tema de la trayectoria académica, del proceso de vida dentro de la academia, en una universidad cuya edad promedio es alta y sigue subiendo, tiene que ser interesante conocer lo que ocurre en las diferentes etapas por las que inexorablemente pasamos los investigadores, y en este caso los que trabajamos el tema de la universidad. Hay ciertos proyectos reveladores, que provocan en el individuo una escisión interna, un cisma, una ruptura. En este sentido, después de completado el proyecto (la publicación juega el papel de cerrar ciclos), en nuestro caso, se nos hizo particularmente difícil continuar nuestra vida académica como la veníamos llevando. Se había diluido el sentido y la nueva energía recobrada, no era compatible con el tipo de energía necesaria para retornar a las rutinas que nos regresaran a aquello convencional que considerábamos agotado. Nos sentimos parte de la nueva epistemología que promulgábamos, y con derecho a diversificarnos en nuevos proyectos donde la presencia del arte, en cualquiera de sus formas, fuera una condición. Teníamos conciencia de que habíamos logrado algo bueno, algo diferente, que había tomado una primera forma tradicional limitada al papel (el libro está diseñado para que haga uso de la tecnología interactiva). Nos dimos cuenta que logramos ir más allá del texto tradicional, gracias al divertimento que constituyó la original sobreposición de textos, el método del plagio permitido, del texto inteligente, de la superación de lo inteligente por el de la emoción estética. De alguna manera, para resumir, pasamos del ensayo a la literatura. Este logro dejó atrás e hizo a un lado muchos de los factores incómodos que la realidad académica nos impone en forma creciente, atrapada como se encuentra en las políticas de la evaluación y el control por puntos, que tanto nos había apesadumbrado.

Si bien el producto resultó muy bueno, lo que más valoramos fue la armonía y la comunicación que se fue construyendo entre nosotros, no sólo nosotros dos, sino con todos los que compartieron la idea de generar un nuevo texto que se alejara en lo posible de lo académico y se asomara a lo artístico. Terminamos fundiéndonos en una sola persona. ¿Cómo puede ocurrir algo así, en

un grupo de académicos acostumbrados al ríspido debate, a la confrontación de ideas, a la defensa y el ataque aparentemente inevitables en un ambiente hostil como es el de las universidades? Ocurrió porque entre todos construimos esa totalidad curativa, sanadora (*healing*) en la que nuestros ritmos concordaron, se unieron, como lo hacen los sonidos de los planetas en la armonía cósmica, parte del cuerpo musical que hemos olvidado o preferido dejar de percibir.

No produjimos un texto, o un documento, sino un artefacto, algo parecido a una obra de arquitectura. En nuestro afán por recuperar la paciencia y la salud, utilizamos la imaginación y concebimos una universidad más sana, sustentable, pero no sólo en el sentido ecológico del término, sino en el de poderla habitar y soportar. La universidad imaginada no fue un modelo a seguir, sino una actitud ante la realidad, una disposición sensible, producto de la imaginación, un recurso cada vez menos utilizado en la universidad actual. Fue el proceso de imaginarla lo que hizo al proyecto algo original y único. Al punto de que preocuparnos por presentar y distribuir el libro, pasó a un segundo plano. Algo curioso. Pero que se explica porque el libro no fue para alimentar el *curriculum* y tener más méritos, sino para ayudarnos a restituir la salud y el humor. Al lograrlo, nos trasladamos hacia esa otra dimensión que requiere de la conciencia humana, para lograr intervenciones posibles, dentro de una escala posible. Lento, gozoso, pequeño, fueron conceptos que nos ayudaron. ¿Cómo encontramos la forma coherente de hacerlo? Trabajando en red, como células, en escala pequeña. Desde el casi-anonimato que nos otorga la academia, entendimos que el cambio es el resultado de la sumatoria de pequeñas intervenciones. Creamos nuestro espacio, autónomo, emergente, efímero, que nos permitió actuar con libertad y a la vez coordinados entre todos. La coherencia institucional, es el producto de la conciencia humana actuando a través de la cultura existente o el conocimiento local, que se manifestó en la manera en que nos autoorganizamos.

La iniciativa tuvo su fuerza no tanto en el contenido de la propuesta que no fue una propuesta propiamente dicha, sino en la creación de un espíritu, de una atmósfera, que resultó de la comunicación de lo que éramos.

¿Cuál fue el enemigo a vencer? El enemigo era el proceso destructivo de conciencia social, que impuso el individualismo como una entidad mecánica con pocas cuali-

dades humanas. El enemigo sigue siendo la modernidad dominante, el racionalismo imperante, el positivismo a ultranza que cortó los vínculos con el acto creativo. El acto creativo, que siempre fue una antiquísima fuente de salud para los humanos, terminó resultando sospechoso para los que asumían un falso cientificismo. La mágica caja negra de la imaginación, de la chispa creativa, cuya oscuridad está llena de luz, fue sustituida por cifras, datos, medidas, métodos y normativas. Dar a la labor académica una intención artística, en nuestra cultura académica ultraracionalista, fue dejando de ser un método válido. Hoy mismo los posgrados siguen debatiéndose en esta tensión que niega nuestra sensibilidad, porque siguen convencidos de que todo lo que se manufactura tiene que ser un producto industrial, fruto de la filosofía de la colectivización del individuo. La mano del hombre ha quedado fuera del proceso, la mente-máquina cree poder con todo, la economía a escala industrial gobierna nuestra vida. Ese fue y sigue siendo el enemigo a vencer.

Para completar esta introducción, pregunto: ¿Quién de los lectores de estas líneas se considera un creador? ¿Quién de ustedes pinta, modela, teje, inventa patrones, ejerce alguna artesanía, usa una herramienta para tallar o cortar o ensamblar algo, cocina, cuida el jardín, en fin, hace algo creativo con las manos, a la luz del día, frente a sus colegas investigadores? Quizás lo hagan en los “ratos libres” como *hobby*, y si así lo hacen, qué bien, aunque no forme parte de su rutina normal, es decir de su *curriculum*, pero sería mejor que lo compartieran. Aunque, no nos engañemos, es cada vez más raro encontrar a alguien que se dedica a crear algo como parte de un todo. Nos hemos contentado con nuestros horarios, las clases, y las juntas que consumen precioso tiempo. Y esa rutina de desconexión, esa incomunicación, no cura, no sana, no es terapéutica, al contrario, enferma y mata, porque es una forma de vida que no se beneficia del efecto nutritivo y regenerativo que promueve el acto creativo. En el ámbito de la universidad pública como ocurre hoy en día, no se usa discutir sobre nuestras teorías y creencias personales. Como dirían Schön (1998) y Argyris y Schön (1996), nuestros colegas se dedican a “exponer” la teoría que leen, pero callan sobre sus valores “en uso”, que ejercen defendiendo territorios, promoviendo su prestigio, construyendo *curriculum*. Nadie habla sobre sus creencias, sobre su espiritualidad, sobre sus emociones. Consideran que la hermenéutica es cosa de filósofos, y

toda invasión a otras parcelas del conocimiento artificialmente fragmentado basta para ser descalificado y señalado como un “improvisado”. Y como todo buen académico sabe o cree saber, en la universidad no se improvisa, sino que se construye a partir de un marco teórico y después se cita, se pone la página exacta de la cita, la edición y todo eso, porque cualquier iniciativa propia corre el peligro de resultar un plagio. De estas y muchas otras cosas tampoco se habla entre los investigadores educativos, su preocupación es el rigor del método, la vanidad de su erudición y no la metafísica, el afecto, la solidaridad o el conocimiento por amor.

Dicho esto, paso a compartir, en este contexto de cambio, de cisma, algunos de los conceptos que intercambiamos Eduardo Ibarra y el que esto escribe.

Nuevas tecnologías para la universidad

Resulta obsoleto seguir utilizando la tecnología de la tiza y el pizarrón, como el espacio fraccionado en cubículos, aulas, pasillos, o todo lo que constituya estructuras físicas rígidas. Aunque no vamos a demoler las universidades ya construidas, nosotros debemos demolerlas dentro nuestro para resignificar y reinterpretar nuestro espacio dentro de este territorio, como una porción del todo donde afirmamos y renovamos día a día nuestra identidad. En el mundo cibernético, la universidad es un territorio que no tiene fronteras, es un sitio habitado por humanos que lo reconocen como propio y lo viven como suyo; es un ámbito virtual-real, afirmado en una situación; es una realidad que aporta su problemática a la que están sujetos; es un espacio de trabajo social; es un espacio de encuentro multiconocimiento en el que convergen estudiantes reales. El tiempo asume otra dimensión, a partir del ejercicio de la libertad en su manejo. Ya no se trabaja bajo presión, optamos por la “educación lenta”, los que producen mejor bajo presión son sustituidos por los que producen mejor relajados y barajando holganza con tarea. De esa manera el nuevo académico tiene tiempo para pasear por los jardines, reunirse socialmente, sustituir juntas burocráticas por eventos culturales, ir a la biblioteca, al concierto o al cine-club. Los ritmos lentos se acoplan al ritmo personal del profesor y de su estudiante, con independencia para fijar plazos o aceptar compromisos. La docencia asume lo que debe ser, un trabajo esencialmente social. Emergen los senti-

mientos, hay lugar para las emociones, se puede dar la articulación entre lo afectivo y la planeación, que deja de ser normativa para ser indicativa, sujeta a consensos.

La totalidad entendida como inter-trans-multi-disciplina

La docencia no se estructura por disciplinas, por campos del conocimiento, por diseños curriculares. En su lugar, las oficinas de gobierno tienen lo necesario para recibir y evaluar demandas o solicitudes de la sociedad para ser atendidos por la universidad. Estos proyectos sociales conforman un ámbito donde la formación, el desarrollo, no están limitados por estereotipos, como lo es el concepto de “profesión” sino por acciones de servicio, cuyo principal valor referencial es la búsqueda de la verdad. Esto fue así desde la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles, que antecedieron a la gastada universidad de hoy. El espacio de la verdad es el terreno donde la nueva juventud traza los caminos hacia el saber. Es “la verdad” la que enmarca y pone en foco lo real. La dinámica del proyecto implica investigación y acción, la búsqueda de la verdad será una actividad valiosa por sí misma, pues “concede consistencia al existir humano” (Polo, 1993). La fragmentación que convirtió el devenir cotidiano, la vida de todos los días, en un acontecer sujeto al azar, desintegrando su unidad y agotando su poder se ve superado por la visión de la totalidad, donde la verdad se convierte en condición y posibilidad para la unidad. ¿Qué caracteriza a la universidad? Las conversaciones, la discusión, que son “el no imposible camino para llegar a la verdad” (Borges, 2000) y que conforma la red de “lenguajes” (Maturana y Nissis, 1997) que reúne e integra. Hay otros estímulos en el camino hacia la integración: la meditación, la reflexión, inclusive la plegaria y la magia, el mito y la metáfora. Históricamente siempre ha habido personas que buscaron recuperar o descubrir posibilidades teóricas nuevas, movilizar resortes epistemológicos que no se habían utilizado, introducirse hacia el fondo del conocimiento humano, inaugurar un nuevo periodo de fecundidad, desde la originalidad que busca develar misterios. Sin duda que la técnica avanzada les permitió trabajar con novedades que revolucionaron el conocimiento. No buscaron inventarlo de antemano, les bastó ubicarse junto a la puerta para entrar por ella hacia las nuevas conquistas que las herramientas les facilitaron.

La unidad entendida como camino al poder grupal

El camino de la verdad busca el saber, el conocimiento, pero para lograrlo es necesario un “fortalecimiento” previo que nos sitúe en posiciones de poder. El conocimiento es importante, pero hay que hacerlo rendir. Hay que integrar reflexión teórica con acción útil. Contemplar, reflexionar, tiene sentido cuando se les acompaña de utilidad, de aplicación y provecho. Eso decía Donald Schön (1998). Una organización educativa que surge de la organización de la vida social, ya no depende de una oficina de vinculación, porque al vincularse con la comunidad deja de ser una torre de marfil, y forma parte de la realidad. Su saber, consecuentemente, también es parte de esta organización social, que así concebida forma parte de la historia. La ciencia resurge recuperando los atributos propios de la condición humana, y ahora existe para configurar el futuro, para lo cual ya no se limita al cubículo y al laboratorio, sino que asume el pragmatismo más directo, ese que entiende al conocimiento como “saber lo que se puede hacer con una cosa cuando está en nuestras manos” (no importa quién lo haya dicho). Quienes construyen este futuro, no conciben el saber como capaz de determinarse, ni al cambio como producto de la visión mecanicista de alguien. Tampoco ven el futuro como dinamismo de una inercia que querían imaginar transformadora. Como no modelaron el futuro desde el método, dejaron de inventar y manejar variables o de obsesionarse por el dato duro y sus proyecciones. No lo pensaron como resultado del “progreso”. Se fue avanzando como pidió Oliver Cromwell cuando dijo que “nunca se avanza tanto, como cuando no se sabe hacia dónde se va”. Pero para moverse necesitaron fuerza y esa fuerza la encontraron en el lenguaje (es decir, en la conciencia que es un órgano de conocimiento anterior al pensamiento). El lenguaje se asume como un jinete hecho de metáforas, huellas del pasado, revelador de lo que estaba en la sombra y ahora está bajo la luz.. La posibilidad de ver lo que no estaba claro, nos otorga la perspectiva necesaria para sentirnos sujetos del tiempo, y no objetos de un programa. Conocemos así nuestros límites y sus espacios. En una realidad contradictoria, se nos ocurrió hacer algo mínimo que parecía irrelevante y de allí surgió algo mayor. El poder no es algo siempre visible pero sí es una fuerza que se ejercita día a día, y es la que nos permitirá trascender. Ya no el poder de la

razón lógica sino el poder de la palabra sensible.

Conciencia y razón recta

Las decisiones, la prioridad que se da a un valor por sobre otro, pasan por la conciencia. Por lo tanto tiene que ver con la identidad personal, es el espacio personal en donde construimos nuestra intimidad, nuestro fuero interno. Sinceridad, honradez, van de la mano con conciencia, por lo que conciencia y dignidad resultan equivalentes. La educación llega hasta las puertas de la conciencia. Cuando el docente ejerce así su trabajo, no puede dejar de discutir con los que (muchas veces sin saberlo) ejercen su docencia como una manera de reproducir la ideología dominante. Todo profesor controlador, rígido, riguroso, estricto, impositivo, autoritario, está entrenando a su estudiante a que sea un vil sumiso al sistema. Todo esto ya se dijo en la teoría del currículo escondido, que habla de la educación como herramienta de manipulación de la conciencia. Todavía hay quien piensa y actúa como si el ser humano fuera un autómata susceptible de ser dirigido a distancia por un docente, un curriculum o un sistema. En realidad, lo que ocurre es que los seres humanos son seres conscientes y son seres sensibles, mientras no logremos enajenarlos. Cuando mantienen su dignidad, apelan a esa conciencia y a esa sensibilidad ubicada en lo esencial de su ser listo a reclamar, a reivindicar, a demandar el requerimiento de lo que cree merecer. Ante las superestructuras o los super-egos represores o coercitivos, se levanta su “yo”, como una conexión con la conciencia que la educación debe fortalecer. Ciertamente, ese “yo” es vulnerable a la enajenación y al desvío en un medio adulterado y engañoso, como el que vivimos. Por eso es tan importante que la conciencia y la obra educativa vayan de la mano, apoyados en la poesía.

Conscientizar hoy, después de Freire

Conciencia y sensibilidad no puede ser el resultado de una tarea educativa como si fuera posible conscientizarlas y sensibilizarlas desde afuera. El maestro no transforma a la persona, sino a la realidad, o al menos su realidad circundante conectada con su yo interior. Freire decía que la realidad no sucede en el corazón del estudiante ni en su cabeza, sino en la historia, que incluye su histo-

ria. Tener conciencia es tener poder para transformar la realidad. ¿Qué realidad puede transformar el docente? La del espacio o territorio en la que está ejerciendo su actuar. El lado opuesto sería el que reduce la realidad a un reflejo de las condiciones materiales de la sociedad. El que reproduce en su espacio, lo que cree que ocurre fuera, generalmente lo que el vivió. Es clásico el docente que dice, yo pasé por ello, ahora te toca a ti, yo soy el que califica, yo soy el que impone. Ese camino es el opuesto al que lleva al estudiante a una comprensión crítica de cómo la sociedad funciona. Para esto necesita relacionarse con el proceso de transformación que vive, conocer críticamente este proceso, relacionado con una acción transformadora (praxis), conocer la dialéctica entre acción y reflexión. La conscientización tiene que ver con teoría y práctica. Cuando se deja de dictar, entonces se puede entrar al corazón, al amor, porque esta condición tiene que ver con la capacidad de incluir al otro, de integrarse con otros, lo que Freire llamaba “amar a los oprimidos”. Pero esta identificación amorosa no ocurre solamente de una manera mágica, sino también crítica. No es posible cambiar la historia sólo con flores y palabras. Se trata de una lucha para la que se requiere capacidad. El conflicto es el esposo de la conscientización. El exceso de razón y la concepción de la ciencia actual, nos acostumbraron a ver la realidad a través de textos y descripciones. El nuevo docente deja de leer y comienza a imaginar. Pone su sensibilidad en acción, para que surjan, como lo proponía Erick Fromm, cambios revolucionarios en todas las esferas de la vida: la económica, la social, la política y la cultural.

Creatividad y afecto

Las emociones, los sentimientos y la sensibilidad son la materia prima del trabajo de todo creador. Nuestra labor como trabajadores intelectuales dentro y fuera de la universidad, así sea en la docencia, en la investigación o compartiendo conocimientos con quien sea, recurre a nuestra capacidad creativa, es decir, artística. Aula, cubículo, sala de reuniones, patio o laboratorio, se convierten, para los que conciben su trabajo como lo hace un pintor, un escritor o un escultor, en espacio similar al taller de un artesano. En el taller artesanal, la principal materia prima a trabajar son los atributos del creador. Llegando a cierta edad, podemos confron-

tar las formas en que hemos concebido nuestro trabajo educativo, desde aquella época de posgrado en que nos entregamos a la racionalidad técnica creyendo pisar en firme, hasta cuando no pudimos evitar recuperar las dimensiones humanas a como esencialmente fueron en los mejores instantes de nuestra juventud. El académico encandilado, perdido en el estilo literario llamado “ensayo”, y el académico que en oposición a estos rasgos de una cultura dominante y dominada por la razón, le hace caso a la poética siempre agazapada en el lenguaje. No importa qué vestiduras nos pongamos, en el encuentro académico siempre aparecen las virtudes del taller, el rasgo humano. Deambulamos bajo la tensión que provocan los que tratan de otorgar un “orden racional al mundo” y los del otro lado, dispuestos a “tallerear la vida”. Ya lo dijimos muchas veces, aquí va una vez más: el pensamiento moderno ha subsumido las emociones, evitado los sentimientos, acabado con la sensibilidad, para conformarse con el uso parcial de la razón. La pretensión del que se asume “serio y riguroso” en su abordaje al conocimiento, es justamente esa, la de poner por delante la razón, aunque ello implique alejarse de esa materia prima que se expresa en el afecto, que es el atributo esencial de la condición humana. Es muy difícil concebir un taller creativo dedicado a mirar el futuro desde la libertad, en donde estén excluidos los afectos. Para que la materia prima de la creatividad sea tratada como lo que necesita, debe “dejarse-estar”, que equivale a “dejarse-ir” para que las cosas ocurran o se den. Lo que enfatiza la conciencia de ese “estar-ahí” proviene del afecto que sentimos hacia esos otros que nos acompañan en la tarea de imaginar el futuro. Afectos que surgen desde el silencio. No el afecto a la objetividad de un objeto de la experiencia en tanto que constituido en la consciencia, sino la afectividad en el ámbito del proyecto, divisado desde el esclarecimiento del estar-ahí, para la determinación del ser, es decir, del estar presente como tal. En ese dejarse estar es la afectividad lo que efectivamente habrá de ponerse en juego.

El lenguaje de la creación es también científico

Es un lenguaje que no está confinado tan sólo a la sensibilidad artística, estética, que ha sido empujada hacia espacios que pareciera no mezclarse con la ciencia. ¿Pero cómo se puede ser científico sin ser creativo?

¿Cómo es posible avanzar en el pensamiento, sin esa dimensión subjetiva, intuitiva, mágica e inexplicable que se esconde en el arte? El lenguaje de la creación es un lenguaje cuya totalidad es, siempre, la totalidad de lo esencial y de lo inagotable. No es posible asumir el proyecto de futuro desde el compartimento estanco en el que nos ha metido cierta forma de concebir la ciencia como razón instrumental, dueña y conservadora de lenguajes agotados, que preservan un orden racional cuyas armas son las ideas que se imponen al mundo y a la vida convirtiendo el conocimiento en norma y en método. Ideas que no son otra cosa que máscaras. Existe la ciencia nueva, la nueva ciencia, otra idea de ciencia. Esa es la que nos interesa. Junto a una nueva epistemología. En ella, la sensibilidad desenmascara para nombrar, revela para aclarar y dar significado y sentido a la complejidad del mundo. En el lenguaje de la razón los temas se pueden agotar, pero en el del arte no se agotan nunca. El todo, la totalidad con sus centros, la conexión con el cosmos, la conciencia de formar parte de un universo, que se manifiesta en la obra de arte, atendido por los lenguajes de creación, es una totalidad en la que, paradójicamente, no todo queda dicho. El arte sugiere, mientras el antiguo lenguaje de la razón afirma, al pretender ser universal, objetivo, teórico, exacto. El lenguaje del arte es local, concreto, personal, empírico, sugestivo. La precisión de la sugerencia, es el asunto propio de la poesía y el arte. Hay una enorme distancia entre la exactitud y la precisión. El músico es preciso; el metrónomo es exacto. La precisión es un asunto humano, pero también un asunto de imágenes. El que imagina hace metáforas del mundo. “Todo el asunto del arte estriba en imaginar una sola cosa, con muchas cosas. Todo el asunto del arte estriba en concebir un mundo, con sus sillas, sus perros, sus escobas, sus lagartijas, sus ladrones, sus amantes, sus políticos, sus ebrios, sus soles y sus lunas; y hacer de él un universo” (Yáñez, 1993) y el poeta jalisciense continúa: “lo universal del arte no es lo universal de la ciencia”. La ciencia es siempre la ciencia de lo general; el arte es siempre el arte de lo particular. El que investiga desde la ciencia se propone, siempre, comprometer su subjetividad de una manera curiosa: ausentándola, suprimiéndola. El que investiga desde el arte no puede sino poner todo su yo y sus afectos en el juego del arte. La ciencia nueva va de la mano con el arte. Un científico con pinceles en la mano, frente a un

lienzo, frente a un teclado, tañendo cuerdas, apretando pedales, borroneando inmensas hojas de papel.

Dejemos ese rostro adusto, sonreír

Soñar, jugar, son raros ejercicios en la academia donde se preserva celosamente el imperio de la seriedad, cuyos gestos inhiben y apagan la luz, la soltura en las formas de decir, de explicar y de dar sentido a las cosas. Abandonemos ese lenguaje de las certezas simples y comprobables el día de hoy, anulando el ayer, negando la totalidad, el holismo, tergiversando el orden de las cosas, sofisticando artificialmente las representaciones, recurriendo a rituales autoritarios presos en modos arcaicos de legitimación: citas, referencias bibliográficas, marcos, métodos, códigos y convenciones bendecidas por academias cancerberas. Dejemos de privilegiar los datos como si éstos fueran creados por instrumentos de laboratorio al margen de la intervención y la interpretación humana. Los datos no hablan jamás por sí mismos. Nos necesitan. No a un lector pasivo, sino al que sabe que es el único capaz de dotar de sentido y contenido a dichos datos. Es la persona la que otorga dirección e interés a su labor como investigador, divulgador, docente o escritor. Y ello incluye una visión estética. Hoy, todavía, en nuestra arcaica academia, en nuestras universidades públicas fragmentadas en feudos y en territorios inexpugnables, hoy, en este día, en que las profesoras forman parte de mafias, de círculos cerrados, luchando unos contra los otros, en un país que requiere en cambio, de muchas universidades más integradas y vinculadas por el afecto, el nuevo científico, será el que asuma su individualidad reconociendo su aportación estética, dándose cuenta que es única e indivisible, y por tanto, dispuesto y obligado a luchar contra ese mapa político mal establecido, golpeando con sus hallazgos y su ejemplo, a los que insisten en excluir visiones liberadoras, conversadoras, rompiendo el monopolio sobre ese concepto de razón, que excluye lo subjetivo, lo mágico, lo arbitrario. Así, regresaremos a la intimidad del salón de clases, sin calificar de cierta manera lo que es “verdad”, lo que es “legítimo”, lo que es “verificable”, como parte de los atributos propios de la condición humana que incorpora el “mundo irreal de los sentidos” donde nos espera un nuevo despertar.

Razón y sinrazón

Es necesario reivindicar el uso de la razón como parte de este mismo sueño, sabiendo que la libertad de soñar no nos dispensa de nuestros límites y contradicciones. La razón por sí misma es incompleta sin la “sinrazón”. Los sueños, que no son diferentes a las historias que nos contamos en el silencio del atardecer o de la madrugada, contienen irrupciones y sinsentidos que escapan a nuestro control. Todo ello forma parte de lo que desde el pensamiento racional se entiende como la “imperfección humana” si aceptamos que no saber diferenciar entre sueño y realidad es ser imperfecto. Los sueños también le dan significado al mundo y a la vida. La libertad de la imaginación y la sorprendente arbitrariedad de los sueños, otorgan otra lógica de viabilidad a nuestros proyectos, detonadora de la acción. Soñar, en suma, no es manejar un material ideal, sino intentar poner de manifiesto nuestra capacidad de dejarnos llevar por el lenguaje y sus palabras, esos objetos verbales inagotables que al vincularse entre sí, más allá de la lógica mental a la que nos ata el estar “despiertos”, nos permiten relacionarnos de nuevas formas con los demás y con nosotros mismos. La palabra que asume su verdadera dimensión cuando forma parte de narrativas que buscan revelar el sentido y sinsentido de nuestro paso por el conocimiento y sus significados. Nuestro cometido, entonces, no es simplemente echar a volar la imaginación por medio de la palabra, sino detenernos a escucharla yendo hacia su llegada para que nos vaya dictando lo que después diremos. Palabra que cuestiona las falsedades del discurso de la razón, que preserva su estatus asumiendo la mentira de ser el constructor único de sentido. Interrumpimos su monólogo para reivindicar aquello que anuló en aras de la “objetividad” que pretende determinar qué es la realidad y cómo hay que verla. La pretendida superioridad de los científicos sobre los poetas se subraya obsesivamente en el lenguaje de la academia, como si el texto científico fuera el único medio que permitiera llegar a determinada verdad. Si aceptamos que el lenguaje es un órgano de conocimiento anterior al pensamiento, entonces, como dice Martí: “el lenguaje no es el caballo del pensamiento, sino su jinete”. El lenguaje está hecho de metáforas y las metáforas con sus etimologías son huellas del pasado, el ADN de nuestro pensamiento que trasciende toda lógica que

no sea la de la continuidad histórica. El lenguaje llega a nosotros y nos habla, y al hacerlo nos une a voces anteriores que habitan en nosotros. Es equívoco el concepto que define al lenguaje como un valor de comunicación, un simple medio de expresión que debe de seguir ciertas reglas para ser validado o legítimo. Aceptar que la palabra es la expresión de algo, nos hace caer en el viejo problema que separa forma de contenido, pues lo cierto, nos recuerda Borges (2000) es que hay realidades a las que es imposible llegar únicamente por medio de la razón. La perfección en el arte, como en la educación es construir significado, entender, ser capaces de nombrar, integrando forma y contenido, teoría y acción. Por eso la música es considerada como la forma perfecta de decir las cosas, pues en la música, forma y contenido son una sola cosa.

La nueva ciencia

Significar va más allá de una ordenada y sistemática aplicación tecnológica como la que sostiene la ciencia. Significar es inventar, crear, asumir el mundo de la ficción con la confianza de que el lenguaje nos llevará hacia las raíces donde instinto e intuición guían hacia la experiencia única, irrepetible e irreproducible, que nos permite ver. Para hacer visible el sentido del mundo, hay que recuperar la luz interferida y clausurada por el exceso de la razón. Al desmitificar a la ciencia, al rebatir el método que se asume como forma única de conocer, con validez universal, abrimos paso a la poesía y a la narrativa, restituyendo el sitio y la función del arte, que implica reincorporar el resto del cuerpo, y dejar de enfocarnos sólo en su cabeza. El arte, hoy separado de la educación, confinado a recintos y a horarios marginales, como si no formara parte de lo intelectual ni sirviera de complemento y contrapeso a la razón, deja la pobreza doméstica de la “casa de la cultura” para recuperar su estatus en la casa del conocimiento. La casa del conocimiento que se ubica y se construye en el terreno de la poesía, para tomar la forma de una propuesta de educación que entiende que la poesía es algo inevitable que forma parte de cada uno de nosotros y de nuestro entorno, una condición profundamente vinculada al conocimiento humano. De esta manera recuperamos lo que determinado proceso de producción suprimió y anuló: el cuerpo humano, su erotismo, sus

emociones, incluyendo sus devaneos y transgresiones: lo mundano, lo terreno, lo sensual, lo que se siente y toca, lo imposible de domesticar. El exceso de razón que define al científico actual como sucesor del clérigo, como representante del pensamiento represor y moralista, prefiere suprimir los riesgos corporales que requiere la educación para la vida, por la higiene de una educación para la productividad. El mundo de los sentidos se convierte así en el submundo del sexo a escondidas: pecado, pornografía, violencia, velocidad, poder, agresión y destrucción. Lo “prohibido” sumerge nuestros instintos en la sombra oscureciendo el gozo que implica conocer y vivir la vida. Pero como “la vida está hecha de poesía” (Borges, 2000), y siendo esa su materia prima, es imposible borrar las manifestaciones de belleza, los afectos, los sentimientos e ideales que surgen entre los intersticios de nuestra vida cotidiana, (incluyendo la académica) reivindicando cada día al mundo sensible. La sensibilidad nos permite reconocer, adoptar y convivir con nuestras múltiples personalidades, nos dota de la capacidad de relacionar y vincular lo que brilla en la superficie con lo que espera en las profundidades. Por eso hay que volver a aprender y enseñar a ver lo que la ciencia prefiere ocultar. Aceptado esto (que puede ser difícil de aceptar) superando las dificultades de asumirnos poetas y ubicados en ese ámbito, estamos listos y abiertos a escuchar palabras, como quien escucha música, como quien se asoma a códigos o a signos que nos transmiten la tradición de la experiencia humana que nos supera en el tiempo y en el espacio. De esta manera, el hecho de soñar, de imaginar, de entrar al ámbito educativo desprovistos de otras vestiduras que no sean las del poeta, es una manera de alejarnos de toda imposición o prejuicio, para reconocer la capacidad que tiene el lenguaje para hablarnos, y la importancia que tiene escuchar nuestra voz y las voces que nos hablan desde afuera, para planear el hecho educativo. “Ser hablados” no solamente implica reconocer que la lengua es un proceso que nos trasciende, sino es asumir que el arte y la poesía no son entes ajenos, no forman parte de talentos privilegiados, ni se adquieren estudiando las letras, puesto que la poesía camina junto con nosotros, forma parte de nosotros, permitiéndonos ver con nueva mirada, escuchar con nueva audición, decir con otra voz.

Reflexiones finales un año después

Estamos en mayo del 2014, hace un año falleció intempestivamente, después de una enfermedad descubierta ya en su recta final, Eduardo Ibarra. Las páginas anteriores reproducen ideas que discutimos sobre una mesa amable, y que recuperé de notas tomadas, borradores, y artículos publicados. Hay algo difícil de decir que ha ocurrido y se ha corroborado en el transcurso de este lapso de tiempo. Una vez plasmadas nuestras ideas en el libro *La Universidad Imaginada*, resultó incongruente y contradictorio regresar al seno de aquella universidad-que-mata-la-imaginación (a la que le estamos muy agradecidos, sin que ello implique que no vemos sus profundas limitaciones). Sin embargo, no teníamos clara conciencia de ello. Son cosas que circulan por el inconsciente. Pienso que Eduardo Ibarra, nunca dejó que su lado emancipado prevaleciera sobre su lado amarrado. Los amarres tenían que ver con sus propios proyectos académicos utópicos. Es decir, nadie lo obligaba a nada, él solo se imponía metas inalcanzables. Empecinarse en aterrizar la utopía en la realidad que vivíamos era una tarea titánica que terminó venciendo. Digamos que después de lo trabajado y vivido durante una década, en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, durante la gestión del antropólogo Daniel Cazés, el tercero en esta asociación alegre, risueña, liberadora y excéntrica, debíamos habernos retirado de la academia, y hacer otras cosas. Pensemos algo insólito, tipo Paul Gauguin, dejar todo e irnos. Lo sorprendente y real, es que de hecho, eso ocurrió, aunque no por decisiones racionales planeadas. Eduardo Ibarra intentó el regreso, obsesionado con el Laboratorio de Análisis Institucional del Sistema de Universidades Mexicanas (LAISUM), pero el peso resultó demasiado, y la salud le cobró su parte, sin piedad, como suele suceder cuando uno se olvida de sí mismo. El que esto escribe, decidió durante ese mismo lapso de tiempo, abandonar la academia. Para ello definió una estrategia que implicó una etapa de pre-retiro, en la que canceló todas los compromisos cancelables, que en la academia son casi todos. Flotando en la docencia y en un proyecto de investigación esencialmente poético, a partir de ese momento, buscó dejar de escribir ensayos, para hacer, o intentar hacer literatura. Este es, posiblemente, uno de los últimos artículos escritos para una revista netamente académica y científica.

El cierre del ciclo académico es casi imposible en nuestro medio, debido a la carencia de planes de jubilación dignos. Se trata de rupturas interiores, que deben de manifestarse en el quehacer cotidiano, negociando con el tiempo. La experiencia es profunda y radical, porque implica un renacimiento, o también el morir. Intentar desprendernos de la rutina de años, obliga a asumir nuestros límites como también lo potencial no tratado. Implica arrojo, nuevos intentos, enfrentamientos. Es construir un mundo diferente, que incluye la ciencia nueva y otra muy diferente epistemología. Para vivir la realidad, el sueño es imprescindible como lo es la utopía. La conexión con la totalidad, la concepción totalizadora, es la que nos mantiene en armonía con todo lo que nos rodea, llamémosle el cosmos. Hay puntos de partida y puntos de llegada, que se confunden porque a veces significan lo mismo en el camino de vida, que siempre es construcción y superación. El sueño es imprescindible porque hace que lo aparentemente imposible o inalcanzable, nos lleve a la revaloración de lo humano. Dar valor a lo humano es recuperar la esperanza y la utopía es el alma de la esperanza.

Corolario

A partir de estas charlas, de ideas como las hasta aquí vertidas o recopiladas, agregamos un libro más a la interminable colección de ideas que surge de la universidad. Lo hicimos dándonos la mano, desde el afecto, usando como estrellas la perseverancia y la paciencia. Fuimos un grupo pequeño, pero nunca solitario. Con Lilián Álvarez venía su voz y en ella la palabra de Rubén Bonifaz Nuño trayendo los ecos del seminario permanente contra el colonialismo. En Raquel Glazman venía la rebeldía de la persona formal que rompe reglas, y dice lo que nadie se atreve a decir. En Lourdes Pacheco, la veneración a las épocas remotas, el peso de nuestra historia frente a la imposición y el desrespeto cultural de los conquistadores. En Arturo Guillaumin, con su cadencia musical, Javier Ortiz, con su mirada envolvente, Daniel Cazés con su resistencia a lo convencional y el orgullo de haber contribuido, en su medida, a la transformación por la que pugnó el movimiento del 68, los timbres que completaban el pequeño coro universitario que logramos integrar.

Hoy miro nuestro libro como quien mira un mapa. Lo veo en la pequeñez de unas cuantas páginas de unos

cuantos capítulos, como ejemplo de diversidad, como muestra de unidad cósmica, conectado al espacio que nos rodea, en donde residen muchos otros que se niegan a participar en un presente devastado por una historia de excesos, de saqueo y de violencia. Lo veo como un ejercicio de complejidad que cura al hacedor, como la forma en que nos insertamos en un sentido de totalidad, para recuperar la paciencia.

¿Qué tuvo de heroica nuestra empresa? El haber ejercido una creatividad compartida, en lugar de subrayar el individualismo exacerbado que nos separa de los demás.

¿Qué tuvo de admirable el ejemplo de Eduardo Ibarra Colado, como académico entregado y responsable? Que podía equivocarse a veces, ser necio otras, pero que caminó recto y sin descanso, avanzando día tras día, sin ceder ante los que alardeaban sus desvíos o resultaban infatuados prepotentes. Hoy pienso que la forma en que Eduardo Ibarra asumió sus deberes de académico, no fueron lo suficientemente fraternales consigo mismo. Hoy pienso que se excedió en su celo olvidando su cuerpo, y con ello eso que tanto nos preocupaba: recobrar no sólo la salud mental, sino la física.

Es así como termino este documento, escrito desde la universidad, donde continúo trabajando. Reconozco que este texto mantiene su aire académico, pero reitero que sobre las nuevas hojas en blanco que todavía tenga la suerte de enfrentar, trataré de construir nuevos escenarios, con sus personajes, con su escenografía, con su música, con su medioambiente local mexicano, como si las palabras de mi idioma no pertenecieran a una lengua romance, y carecieran por completo de etimologías griegas o latinas. Siguiendo el consejo de don Rubén Bonifaz Nuño, después de más de medio siglo viviendo en México, me asumo prehispánico, de carácter xochimilca. Lo hago como parte de la estrategia de liberación que es regla básica para comenzar a escribir un nuevo libro. Un nuevo libro que ya no será una tarea, ni un recurso terapéutico, ni tampoco un trabajo, sino el producto de un no-hacer, de la procrastinación constante, de la rebeldía a cumplir con reglas o plazos, aboliendo el tiempo de una manera personal, constante, incisiva e insistente. Más tarde habrá que recuperarlo porque en esa recuperación, en la recuperación del tiempo, se esconde la eternidad. Si queremos huir de la racionalidad, comencemos con ella. Los sociólogos dicen que nuestra identidad (la forma en la que vamos siendo) se establece por medio de un pro-

ceso colectivo. Proceso colectivo significa la cantidad de acciones conjuntas que ejercemos con lo que nos rodea. El diálogo entre nosotros y lo que nos circunda, puede tomar la forma de correos, pero también de visitas, de paseos, de reflexiones en el sillón, de mensajes al amigo que se fue, pero nos sigue acompañando.

Todos ellos son procesos que van constituyendo lo que somos. Por eso es imposible esconderse. Inevitablemente, estamos siempre mostrando el cobre. Una manera de conocernos es tratando de describir estos procesos. Verbalizar o narrar nuestra relación con ese entorno: familiares, amigos, maestros, colegas, pero también transeúntes, visitas inesperadas, personajes olvidados. No es sólo con personas y situaciones con las que nos relacionamos, porque también lo hacemos con las cosas, objetos, obras de arte, caminos, casas, ciudades. Hablar de ellos es verbalizar y ponerle voz y palabras a lo que nos pasa, y eso nos lleva a la esencia misma de nuestra identidad. Un diario personal, el rescate de cartas antiguas, esos dibujos de la niñez que nuestra madre preservó en un sobre que hoy abrimos, nos trae al presente todos esos recuerdos junto a las experiencias que quedaron en el subconsciente. La subjetividad es la materia que constituye nuestra identidad, y el impulso de hacerla objetiva, es lo que nos empuja a escribir, porque requiere ser explicada, dicha. Sólo al decir, al narrar, podemos vivir la experiencia de la identidad, al compartir quiénes somos y al hacerlo, construimos complejidad. “*Making wholeness heals the maker*”.

REFERENCIAS

- Argyris, Ch., y Schön, D. (1996). *Organizational Learning II*. Estados Unidos: Addison-Wesley.
- Borges, J. L., (2000). *This Craft of Verse*. Cambridge: Harvard University Press. [Traducción en español bajo el título *Arte poética*].
- Ibarra, E., et al. (2013). *Libro de la Universidad Imaginada. Hacia una universidad situada entre el buen lugar y ningún lugar*. México: Juan Pablos, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa.
- Maturana, H., y Nissis, S. (1997). *Formación Humana y Capacitación*. España: Dolmen-Océano.
- Polo, L. (1993). La Institución Universitaria, Recuperado de <http://www.leonardopolo.net/textos/instuniv.htm>, consultado el 10 de julio de 2013.
- Schön, D. (1998). *El Profesional Reflexivo, Cómo Piensan los Profesionales Cuando Actúan*. Buenos Aires: Paidós.
- Yáñez, R. (1993). Notas para despedirse de un taller. *La Tarea*, diciembre. Recuperado de <http://www.latarea.com.mx/indices/indice1.htm>.